

A black and white portrait of Norma Arrostito, a woman with dark hair and bangs, looking directly at the camera with a serious expression. She is wearing a light-colored, patterned top. The text is overlaid on the top and bottom of the image.

GABRIELA SAIDON

LA MONTONERA

BIOGRAFÍA DE NORMA ARROSTITO

LA PRIMERA JEFA DE LA GUERRILLA PERONISTA

EDICIÓN DEFINITIVA

SUDAMERICANA

Gabriela Saidon

La montonera

**Biografía de Norma Arrostito,
la primera jefa de la guerrilla peronista
Edición definitiva**

Sudamericana

*A mi mamá,
Juana Waserman,
por estar siempre.*

*Comenzar con la muerte, desandar el camino
hacia la vida y luego, por fin, regresar a la muerte.
En otras palabras: la vanidad de intentar decir
algo sobre alguien.*

Paul Auster

Prólogo

Los libros empiezan a escribirse cuando terminan de ser escritos. En medio de la corrección de las pruebas de galera de *La Montonera*, a comienzos de 2005, viajé a Londres por trabajo. Tuve un día libre y decidí tomarme el tren a Richmond para probar el célebre té. No me detuve en ninguna casa de té. En cambio, me atrajo el misterio bucólico de un cartel que prometía secuoyas y ciervos en el inmenso Jardín Botánico, mientras recorría un camino que seguía el dibujo del Támesis y en el que, cada tanto, me cruzaba con una o dos personas corriendo o haciendo *footing*. No vi secuoyas (esos árboles altísimos que personifican los *Ents* en *El señor de los Anillos*), no vi ciervos, pero tuve algo así como una revelación que se iba a completar al día siguiente.

Pensé, entonces, en una gran ola, imaginé las caras y cuerpos desmembrados de un montón de jóvenes que se habían subido sin llegar a adivinar jamás que serían destruidos, que nunca pudieron saber que terminarían muertos, desaparecidos, y todo lo demás. Ese horrible demás. Dije: eso, es la ola. Ella (Norma Arrostito) fue, estuvo en la cresta, y cayó, se precipitó con violencia.

Quedé frustrada por ese té que tampoco llegué a tomar: me perdí en serio y se me hizo tarde, oscurecía y en un momento aparecí en otra clase de camino, entre construcciones precarias y silencios sospechosos; me rescató una mujer, una inmigrante rumana, que

me dijo que hiciéramos ese tramo juntas, y me “retó” por haberme aventurado a esa hora por ese lugar.

Al día siguiente, apurada —tenía tiempo pero no demasiado, mi avión salía en cinco horas—, decido recorrer la muestra de William Turner, y en la primera sala me topo con un cuadro, *Hero y Leandro*, que representa esa historia de Romeo y Julieta de la mitología griega: dos amantes de familias enfrentadas y separados por un canal, el Helesponto, en el que Leandro muere ahogado cuando intenta cruzar. Hero se suicida, arrojándose a las aguas turbulentas, esperando alcanzar a su amado. Observo una luz extraña, inverosímil, en el cuadro del pintor inglés; mi mirada se fija a la derecha (la escena principal ocupa el lado izquierdo de la tela), y veo ¡una ola!, una gran ola de la que emergen, o en la que se hunden, caras fantasmagóricas. La ola. ¿Casualidad? ¿Un mensaje? Tuve, en ese momento, una certeza: lo hizo por amor. Todo lo hizo por amor.

La imagen de la ola me persigue, y simultánea a la visión clásica del cuadro de Turner, otra idea empieza a recorrerme. Otra ola. La ola pop. Porque cada vez más recuerdo la imagen de Norma Arrostito contenida en esas cuatro baldosas de la vereda de Montevideo 1053, esa tarde soleada de fines de mayo de 1970 —esa imagen que congeló el texto de *La Causa Peronista* que relata el secuestro y fusilamiento de Pedro Eugenio Aramburu—, con su peluca rubia y su revolver en la cartera, y pienso en un ícono pop. Creo que ella, Norma Arrostito, se pintó a sí misma en ese relato como una chica pop de los setenta (sin quererlo ni saberlo, claro, como no sabía el grupo folclórico de denuncia Huerque Mapu que su *Cantata montonera*, una síntesis ajustada del movimiento, congelada en el mismo año en que se escribe el texto de *La Causa Peronista*, 1974, resultaría una autoparodia pop si se la escucha con oídos del siglo XXI). O mejor: una chica Bond. Pensar que cuando me preguntaba cómo narrar ese primer capítulo del libro, quería que “sonara”, para los lectores, como la voz, neutra, en off, de la serie *Los Intocables*: “En la mañana del 29 de mayo de...” Pero no pude. El relato se me “femineizó” rápidamente, hechizada tal vez por esa descripción de la

guerrillera de treinta años, flaca, menuda, paradita, sola, campana y mascarón de proa de la operación de prensa más notable que un grupo guerrillero en la Argentina haya pergeñado. Pero no sólo yo fui embrujada por esa imagen, esa figura. Hoy, pleno 2010, hay pruebas de que el relato sigue hechizando. Escritores, intelectuales, directores de cine siguen citando textuales esa combinación de palabras.

Siempre vi ese texto como una película. Creo que lo es. Una película bien de los 70. Pop. La primera imagen de esa película se condensa en esas, cuatro baldosas que también contienen el breve destino de aquella guerrillera urbana porteña. Una imagen congelada, que cristalizó todos los análisis porque el texto, como los camuflajes de la época, como las conductas tabicadas de la guerrilla, como el abroquelamiento, se blindó. Tanto que sólo dejó fisuras para las teorías conspirativas, casi única crítica que parece haber sido posible ejercer sobre el texto y sus autores (confundiendo personajes, sujetos del enunciado, con los periodistas durante cuarenta años anónimos que hicieron los reportajes y ensamblaron, muy bien ensambladas, sus partes).

A veces sufro la disparatada tentación de conjeturar que, en el ajusticiamiento de Aramburu, los Montoneros actuaron como brazo armado (como espada), de la pluma de Rodolfo Walsh y su *Operación Masacre*, y que el texto de *La Causa Peronista* completó la trilogía sarmientina, con la palabra.

A veces, también, pienso que al final, es imposible diluir el bronce de Norma Arrostito. Como en el poema de Horacio, su figura resulta una construcción que no puede ser demolida (un monumento más perenne que el bronce). Me pregunté si había también un abroquelamiento en los testimonios de la ESMA, si hubo un acuerdo tácito de proteger su... cómo decirlo, memoria, su dignidad. Si la construcción del símbolo, si el enarbolamiento de esa bandera (la que dice *Gaby no colabora*) son, como el texto de *La Causa Peronista*, indestructibles, inevitables.

En la presentación del libro, en 2005, un ex montonero, un ex guardia de hierro y un ex tacuara se trabaron en una discusión de lo más encendida sobre las responsabilidades del armado de una endemoniada Lilith argentina (que, en definitiva, no es sino la otra cara de Eva, aquella primera Eva original, o, para decirlo en palabras de Daniel Colodenco, traductor una notable versión del *Génesis*: “Pero en realidad solo se trata de dos caras de una misma figura”).

“Ustedes la demonizaron”, le reprochó el ex guardia de hierro al ex montonero. En esa misma presentación, la entonces diputada justicialista Juliana Marino (hoy embajadora en Cuba) reclamó el estatus de “mujer política” para Norma Arrostito.

La elevación de las causas de la ESMA a juicio oral no hizo sino confirmar, en los testimonios referidos a Gaby, la visión sin fisuras en relación a la forma de la muerte (no colabora, le inyectan la temible pentotal). Hay un único testimonio según el cual muere después de una sesión de tortura. Hay otro, de un militar, que dice que le pegaron un tiro.

Esta edición definitiva, después de que las dos anteriores se agotaran, actualizada a partir de la profusa bibliografía que vuelve a revisar nuestros locos setentas, no cambió en nada lo que entonces pensaba y pude averiguar sobre Norma Arrostito. Quizás, sólo, como la luz extraña del cuadro de Turner, dos aspectos: supe que a Gaby le gustaba *Melody*, la película inglesa estrenada en 1971 (ella ya tenía 31 años y era viuda), sobre dos adolescentes enamorados, y la banda de sonido de Bee Gees. El otro aspecto tiene que ver con una conclusión, tal vez, provisoria: hay mitos, me parece, que es en vano tratar de derrumbar.

1

Aramburu

El ajusticiamiento de Aramburu era un viejo sueño nuestro.

Mario Firmenich

Who wants yesterday's papers

Who wants yesterday girl.

Mick Jagger

Son las nueve y cuarto de la mañana del viernes 29 de mayo de 1970. Una mujer rubia está parada en la vereda, junto a la puerta del edificio de Montevideo 1053, en el Barrio Norte de la Ciudad de Buenos Aires. Lleva un bolso en una mano. A pocos metros, en un garaje de la misma cuadra, dos hombres con uniforme militar esperan en un Peugeot 504 blanco, tapizado de rojo. Mal estacionada sobre la vereda de enfrente, hay una pick-up Chevrolet con el chofer, un cabo de la policía y un cura. Uno de los militares se baja del Peugeot y camina hasta el edificio de Montevideo 1053. No saluda a la mujer rubia. Nadie sabe, salvo los ocupantes de los dos autos, y el capitán y el teniente primero a quienes acaban de abrirles la puerta desde el portero eléctrico del edificio de Montevideo 1053,

que lo que esa mujer tiene en el bolso es un arma, que en realidad no es rubia sino morocha y que usa una peluca.

Nueve y media de la mañana. Una mañana soleada y fresca de otoño en Buenos Aires. El capitán y el teniente primero salen del edificio con el teniente general Pedro Eugenio Aramburu. Ese viernes 29 de mayo de 1970 pasará a la historia como el día en que un comando autodenominado Juan José Valle, de una nueva organización hasta el momento desconocida, Montoneros, secuestró al ex presidente de la Revolución Libertadora, que derrocó a Juan Domingo Perón. Ellos, los que esa mañana están apostados en lugares estratégicos en la calle Montevideo entre Avenida Santa Fe y Marcelo T. de Alvear, son: Mario Eduardo Firmenich como cabo de la policía, Carlos Capuano Martínez como chofer, Carlos Maguid como cura, Ignacio Vélez y Carlos Gustavo Ramus como los civiles en el Peugeot, Fernando Luis Abal Medina como teniente primero, Emilio Maza como capitán. Y una mujer, la única del grupo, la montonera Esther Norma Arrostito. Gaby para los compañeros.

Yo llevaba una peluca rubia con claritos y andaba bien vestida y un poco pintarrajeada, contará Arrostito más adelante¹.

Un local ofrecía pelucas a sólo dos cuadras del lugar. Un aviso en la revista dominical de *Clarín* publicaba así el producto: "Pelucas y Minipelucas Fontaine, de Felipe Sinópoli, Arenales 1473: Prepárese a cambiar de la noche a la mañana, o de la mañana a la noche, o en cualquier momento. Un peinado diferente la transforma... Fontaine es la clave para las travesuras más femeninas y los cambios más amorosos. Vale la pena curiosear la última novedad Fontaine: la peluca que se peina con y sin flequillo".

Son las nueve y cuarto de la mañana. Se cumple exactamente un año del Cordobazo, la rebelión en la ciudad de Córdoba donde obreros y estudiantes levantaron barricadas, atacaron con piedras y

cócteles Molotov a policías y soldados, y que terminó con la cruenta intervención de las Fuerzas Armadas. El Ejército celebra su día. El capitán y el teniente primero acaban de entrar al edificio de Montevideo 1053. Han atravesado la puerta de vidrio y toman el ascensor hasta el octavo A, último piso al frente del edificio que hasta el sexto tiene balcones redondos con rejas blancas. Apostada junto a la puerta, Norma Arrostito cruza la calle con la mirada, sorteando la cuadrilla de la Municipalidad que repara la vereda, y ve que un Fiat 600 se acerca a la pick-up. Todo el plan puede fracasar. El joven vestido de cabo le hace señas al fitito para que no se detenga. Circule, oye Arrostito. O mejor dicho, le lee los labios al joven vestido de cabo y se da cuenta de que, desde su uniforme de policía, Mario Firmenich le está dando órdenes al otro que se paró detrás de la pick-up para que circule, modula Mario, no se detenga. Y cuando el otro arranca puteando porque no entiende (ella no alcanza a oír esa parte), no entiende por qué la pick-up sí puede estacionar y él no, Norma ve que Firmenich levanta apenas la comisura derecha de los labios.

Cuando más adelante la escena se convierta en caso y todos los diarios se ocupen del tema, una empleada de la boutique de Montevideo 1051 va a describir ante los periodistas a los dos uniformados que subieron al octavo A del edificio vecino como dos hombres altos y rubios de entre 26 y 28 años, uno con bigotes, y va a decir: "Un detalle que me llamó la atención fue que los uniformes eran flamantes y estaban muy bien cortados". Ahí va a ser Norma la que quizá levante apenas la comisura derecha de sus labios, o se ría con una risa franca. Porque ella misma tuvo que arreglarle el uniforme a Fernando. En esos afiches de "Buscados" por el secuestro del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, que en quince días van a empapelar la ciudad al mejor estilo Lejano Oeste, además de alias, números de documentos de identidad, edad, estado civil y estatura de Norma Arrostito, Mario Firmenich, Carlos Raúl Capuano Martínez y Carlos Gustavo Ramus, sobre Fernando Abal Me-

dina la policía aportará un dato adicional: delgado. Llamaba la atención lo flaco que era.

Arrostito: Compraron parte de la ropa en la casa Isola, una sastre-ría militar en la Avenida de Mayo, al lado de Casa Muñoz. Fernando Abal tenía 23 años, Ramus y Firmenich, 22, Capuano Martínez, 21. Cortándose el pelo pasaban por colimbas. Así que allí compramos las insignias, las gorras, los pantalones, las medias, las corbatas. Para comprar algunas cosas, hasta se hicieron pasar por boy-scouts. Un oficial retirado peronista donó su uniforme: simpatizaba con nosotros, aunque no sabía para qué lo íbamos a usar. El problema es que a Fernando le quedaba enorme. Tuve que hacer de costurera, amoldárselo al cuerpo. La gorra la tiramos —era un gorrón—, le bailaba en la cabeza, pero usamos la chaquetilla y las insignias.

De pronto, Norma Arrostito los ve salir del edificio. Fernando Abal Medina y el gordo Maza llevan al mismísimo Pedro Eugenio Aramburu, que parece no entender del todo lo que está pasando. Emilio lo abraza, como palmeándolo. Parecen milicos de verdad, hasta en el porte y en la manera de caminar. Practicar sirvió para algo, al margen de que Firmenich decía que el gordo tenía algo de milico, que de veras le gustaba. Además conocía los gajes del oficio: había sido liceísta en Córdoba. El mismo Maza fue quien le enseñó a Abal las poses y las actitudes. Y Fernando tenía esa cualidad de ir siempre al frente, no importaba qué. El porte, la indiscutible pertenencia de clase de Emilio Maza y Fernando Abal Medina, sumados a esa seguridad que mostraban los dos y, obviamente, los uniformes “bien cortados” jugaron a favor. Por eso la mujer de Aramburu los hizo pasar, por eso los trató con amabilidad y le indicó a la empleada que les sirviera café mientras su marido terminaba de vestirse, por eso salió a hacer los mandados. Por eso seguramente también Aramburu no desconfió cuando le ofrecieron protección. Claro, ya era demasiado tarde cuando los jóvenes oficiales mostraron sus verdaderas cartas: las armas que tenían escondidas entre la ropa, y Abal Medina le dijo, sin demasiada explicación:

—*Mi general, usted viene con nosotros.*

Desfachatado, va a decir Firmenich de Abal Medina, cuatro años después (*Era bastante desfachatado*, dirá). Norma Arrostito prefiere pensar que es un hombre de acción. Una vez que Fernando toma una decisión, ya no se detiene a pensar. Ni dos segundos. Va y ejecuta.

Ahora se lo ve algo duro dentro del uniforme, debe ser por la metrallera que lleva debajo del pilotín verde oliva. Incluso parece como que empuja a Aramburu levemente con el arma, hasta que llegan al Peugeot. Lo sientan entre los dos en la parte trasera. Arrancan y Arrostito sube a la pick-up, junto con Firmenich y los otros. Doblan por Charcas, Rodríguez Peña² y van hacia Libertador. En el camino, los muchachos se sacan los disfraces. Cuando llegan al bajo, cerca de la Facultad de Derecho, los que estaban en el Peugeot se pasan a la pick-up y se apretujan atrás. Aramburu queda sentado sobre la rueda de auxilio.

En los bosques de Palermo cambian de autos. Dejan tirada la pick-up y Arrostito, Maza —que ahora tiene puesto un pilotín para disimular el uniforme—, Vélez y Maguid se suben al Renault 4L chapa C 184540, propiedad de Arrostito, que dejaron en el lugar. Allí cargan los bolsos con los uniformes y parte de las armas. Abal, Car los Ramus y Firmenich entran en la Gladiator, llevándose a Aramburu. Capuano Martínez sube al taxi Ford Falcon que hará de apoyo. Se comunican con walkie-talkies entre los dos autos, y entre la cabina y la caja de la Gladiator. En todo el trayecto, Aramburu va a permanecer callado. Solo dirá dos palabras, pero lo hará después de que hayan cruzado la General Paz. Será cuando alguien pregunte quién vio el bidón de nafta. Entonces Aramburu va a decir:

—Aquí está.

Ésos son los autos con los que han partido esa misma mañana temprano, desde Parque Chas. Cuenta Arrostito: La casa operativa era la que alquilábamos Fernando y yo, en Bucarelli y Ballivián, Villa Urquiza. Allí teníamos un laboratorio fotográfico. La noche del 28 de mayo, Fernando lo llamó a Aramburu por teléfono, con un pretexto cualquiera. Aramburu lo trató bastante mal, le dijo que se dejara de

molestar o algo así. Pero ya sabíamos que estaba en su casa. Dentro de Parque Chas dejamos estacionados esa noche los dos autos operativos: la pick-up Chevrolet y un Peugeot 404 blanco³, y tres coches más que se iban a necesitar: una Renault 4L blanca mía, un taxi Ford Falcon que estaba a nombre de Firmenich, y una pick-up Gladiator 380, a nombre de la madre de Ramus.

En realidad, la casa operativa que menciona Arrostito, un PH en ochava, en Bucarelli 1752, queda en Parque Chas, en el límite con Villa Urquiza. En realidad, además, no es la casa que alquilaban Norma Arrostito y Fernando Abal Medina sino Nélida (su hermana) y Carlos Maguid (su cuñado). De todos modos, en el barrio circulan algunas leyendas en relación con esa casa. Algunos vecinos aseguran que "a Aramburu lo tuvieron allí" o que "a la Arrostito la agarraron en esa casa". Después del secuestro de Aramburu, la propiedad en la zona llegó a devaluarse por las molestias que generaba en el vecindario la constante presencia policial.

Si bien Norma había ocupado un cuarto de esa casa por un tiempo, en mayo de 1970 estaba viviendo con Abal Medina en un departamento cercano al Hospital Militar. ¿Por qué, entonces, la confusión? Imposible pensar en un error de la memoria. Lo más probable es apuntar a un gesto de protección hacia su hermana y su cuñado (hipótesis que se apoya además en que Maguid sólo es mencionado en ese texto como "otro compañero"). Por otra parte, como ella realmente ha vivido ahí, el dato no es del todo falso. En ese sentido, falsear levemente la realidad es uno de los tantos recursos de la ficción desparramados en el texto de *La Causa Peronista*.

La casa de Bucarelli tiene una ventana que asoma a la calle Ballivián y una escalerita para llegar a la puerta de madera que recientemente fue reforzada con una reja. En ese mismo año, 1970, alrededor de la mesa, en la cocina comedor de esa casa solían reunirse el grupo Córdoba y el grupo Buenos Aires, que conformaron el núcleo fundador de Montoneros. Allí, probablemente, hablaron por primera vez del secuestro de Aramburu. Tal vez incluso fue en ese comedor donde planearon la operación. Norma Arrostito participaba de

las reuniones como un compañero más. Hablaba lo necesario, y siempre apoyando las decisiones orgánicas. No era, en ningún caso, la encargada de servir el café. A veces, cuando Abal Medina se mostraba incontenible para la acción, ella hacía un gesto como diciendo: "Así es él". Para 1970, ya hacía más de dos años que estaban juntos. Ella le llevaba siete años.

La mañana del 29 salimos de casa (insiste la narración de Arrostito). Dos compañeros se encargaron de llevar los coches de recambio a los puntos convenidos. La Renoleta quedó en Pampa y Figueroa Alcorta, con un compañero adentro. El taxi y la Gladiator cerca de Aeroparque, en una cortada, el taxi cerrado con llave y un compañero dentro de la Gladiator. En el Peugeot 404 subieron Capuano Martínez, que iba de chofer, con otro compañero, los dos de civil pero con el pelo bien cortito, y detrás, Maza con uniforme de capitán y Fernando Abal, como teniente primero.

Y Firmenich: Ramus manejaba la pick-up Chevrolet y la "flaca" (Norma) lo acompañaba en el asiento de adelante. Detrás iba un compañero disfrazado de cura, y yo con uniforme de cabo de la policía.

Son las doce y media de ese viernes 29 de mayo de 1970 en la República Argentina. La temperatura alcanza su pico: 19,3 grados. La policía recién se entera de que Aramburu fue secuestrado por el comando Juan José Valle, como se consignará en el primer comunicado. Entonces montan un operativo sin antecedentes, que en el transcurso de esos días llegará a movilizar a "1.600 hombres, además de 100 patrulleros de comisarías y 136 del Comando Radioeléctrico. Hubo, además, 1.200 'inspecciones' diarias de promedio en domicilios particulares de la Capital, más 2.000 controles de autos por día, 721 procedimientos originados en denuncias anónimas y 1.200 en pensiones, galpones, hoteles, etc.", según informa, en la conferencia de prensa que dará la policía (y los diarios reproducirán el 21 de julio de 1970), el director de Seguridad, inspector general